

*Santiago* el año 984, por el cual fué proclamado el Apóstol de una manera oficial caudillo de los cristianos españoles, tan trascendental hecho reafirmó la significación de la ciudad como lugar de peregrinación, lo que se tradujo en acelerar el ritmo de su progreso material. Empero, encontrábase próxima la fecha de la gran desgracia de la misma, que tal constituyó la devastación de que fué objeto por parte de Almanzor, el famoso *hagib* agareno, en el año 997, quien, atraído por la fama compostelana, aprovechó la indolencia de Bermudo II y penetró en Galicia, asolando Tuy, Iria y Santiago. Es fama que destruyó en ésta todo lo destruible, excepto la tumba del Apóstol, ante la cual encontró, en oración, a un cenobita, único habitante que en la ciudad quedaba, y que tras abreviar a su caballo en la pila bautismal, que todavía se conserva, mandó llevar a Córdoba las campanas del templo, a hombros de cautivos, para que en la mezquita sirvieran de lámparas.

En los primeros lustros del siglo XI, siendo prelado San Pedro Mezonzo, el famoso autor de la *Salve*, comenzó la restauración de la ciudad, que alcanzó nuevo esplendor ya en tiempos de don Cresconio, obispo de 1037 a 1066, datando de entonces la erección de las murallas, así como de una fachada y dos torres de la basílica. El auge de Compostela como capital eclesiástica de España que era, en puridad, por cuanto convo-

caba concilios y consagraba prelados, inquietó a Roma, y así vemos la excomunión de don Cresconio por el Papa León XI, en atención a emplear aquél el título de «Obispo de la Sede Apostólica». El prelado don Diego Peláez dió comienzo a las obras del actual templo mayor, en el último tercio del siglo XI, y su sucesor, don Dalmacio, vió confirmarse definitivamente el asiento de la sede en Santiago. El siguiente fué el cébre don Diego Gelmírez, primer arzobispo, con quien habría de culminar el esplendor de la ciudad. Hombre de dotes excepcionales y de vida intensa como pocas, verdadera figura ejemplar del Medievo, desarrolló una labor durante los seis lustros de su prelatura—de 1109 a 1140—cuya significación no cabe encerrar en breve espacio. Sus múltiples y, a veces, contradictorias cualidades de generosidad y ambición; su entusiasmo en pro del progreso cultural y artístico del incipiente arzobispado, para lo cual se mantuvo en constante contacto con la Europa sabia de aquel tiempo, cultivando principalmente el intercambio con las abadías de Cluny y Clavaul; la participación decidida que tomó en las disensiones surgidas entre la órbita áulica y las banderías de Nobleza y partidos, y, finalmente, su animosa lucha contra el enemigo de fuera—normandos y árabes—, han sugerido copiosos, y a veces dispares, juicios de los cronistas, todos contestes, empero, en reconocer el hondo e

*Vista exterior de la Catedral antes de las obras barrocas.*

